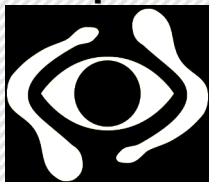


Els dijous del



Cineclub

Cinema per descobrir. Brasil | 31 de maig 2018 | Sessió única: 21.30 h

Aquarius (Doña Clara)

Kleber Mendonça Filho, 2016

Sinopsi

Clara, un ex crítica musical de Recife de 65 anys, viu retirada en un edifici particular, el Aquarius, construït els anys 40 a la *chic* Avinguda Boa Viagem, que voreja l'oceà. Un important promotor ha comprat tots els apartaments, però ella es nega a vendre el seu. L'estressant situació la pertorba i la porta a pensar en la seva vida, el seu passat i els seus sers estimats.



Fitxa artística

Clara Sonia Braga
Ana Paula Maeve Jinkings
Roberval Irandhir Santos
Diego Humberto Carrao

Fitxa tècnica

Director Kleber Mendonça Filho
Guió Kleber Mendonça Filho
Productor .. Carlos Diegues
Fotografia .. Pedro Setero,
Fabrizio Tedeu
Durada 142 minuts
País França, Brasil

Cuando se exhibió doña Clara (Aquarius) en el Festival de Cannes, Brasil vivía la expectativa de un golpe de estado. No un golpe militar y violento como el de 1964, sino un golpe urdido por las maquinaciones de un Congreso corrupto, un poder judicial partidista y una prensa empeñada en restaurar los privilegios de una élite económica de la cual participa y es representante. El equipo de la película, liderado por el director Kleber Mendonça Filho y la actriz Sonia Braga, se hizo eco sobre la alfombra roja del grito de resistencia que levantaban las fuerzas democráticas brasileñas. Exhibían carteles que decían “No al golpe” y “El mundo no puede aceptar un gobierno ilegítimo”.

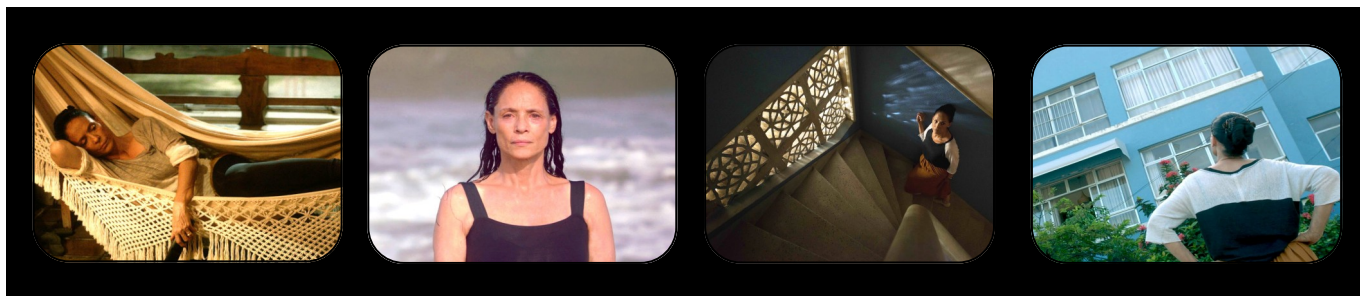
Esa fue tal vez la protesta más visible internacionalmente entre todas las ocurridas desde que la amenaza de *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff asomó en el horizonte del país, a finales de 2015. Simbólicamente, para el cine brasileño fue bastante más que eso. El papel de Doña Clara en la escena político-cultural brasileña es también la culminación de un proceso de repolitización del cine que se inició en el año 2013.

Muchos vieron en la historia del personaje de Clara (Sonia Braga) una metáfora –involuntaria, claro– de la propia situación de Dilma Rousseff, resistiendo con bravura a los poderes corporativos que deseaban expulsarla del lugar al que tenía derecho por la fuerza del voto popular. La escena final, protagonizada por las termitas, sugería un paralelismo, igualmente involuntario, con la ya célebre jornada de defensa de Dilma ante los senadores, cuando expuso claramente la verdad de un atentado a la democracia que se servía de medios supuestamente democráticos.

[...] El pasado y el presente

En la magnífica secuencia de la fiesta de cumpleaños que sirve de prólogo a *Doña Clara*, tía Lucía (Thaia Pérez) mira para la cómoda que preside el salón de la casa y su memoria le lleva más de treinta años atrás. La mujer, que ha cumplido los setenta, rememora un encuentro sexual en esa misma estancia, en la cama y sobre la propia cómoda, cuando un hombre le está practicando un cunilingus.

Son cuatro breves *flashes*, cuatro destellos de la memoria que



definen perfectamente al personaje, a un personaje que no volverá a aparecer en pantalla, por más que anticipe y refleje el de la propia Clara (Barbara Colen). Las sobrinas nietas relatan los aspectos más sobresalientes de su biografía, haciendo hincapié en sus luchas políticas, pero ella les apunta que se han olvidado de la revolución sexual. De hecho aprovecha su discurso para recordar a quien fue el compañero de gran parte de su vida, Augusto, fallecido años atrás y posiblemente el objeto de esos recuerdos sexuales.

El prólogo tiene lugar en 1980 y en él nos encontramos con Clara, antes de convertirse en Doña Clara (Sonia Braga) que acaba de superar un cáncer. La enfermedad y la muerte, cómo no, planean sobre todos los personajes. Los recuerdos de tía Lucía nos llevaban hasta los años cuarenta, unos treinta y cinco años atrás; el resto de acción de Doña Clara se situará alrededor de 2014-2015, treinta y cinco años después, por lo tanto.

Es más, el marido de Clara, Adalberto (Daniel Porpino), fallecerá en 1997, en el ecuador de ese periodo, como si la vida de Lucía y Clara estuviesen condenadas a repetirse. Quizás de forma inevitable: no son tanto sus vidas como el espacio que habitan, ese apartamento frente a la playa de Boa Viagem, en Recife, con su eterna cómoda, por el que transitan varias generaciones de la misma familia, y que se convierte en una especie de cápsula del tiempo.

Cuando retomamos el edificio, el apartamento y una Clara que ya se

ha jubilado de su oficio de crítica musical, pocas cosas parecen haber cambiado a simple vista, por muchos acontecimientos que hayan pasado, en realidad toda una vida: hijos, nietos, la pérdida de Adalberto, una mastectomía... Pero el apartamento y la propia Clara parecen congelados en una época indeterminada, los setenta o los ochenta, en todo caso una época anterior a la revolución digital. La propia puesta en escena del director incide en esta suerte de viaje en el tiempo: los *zooms*, los *flash-backs* que son como fogonazos, alguna que otra secuencia onírica, pero, en general, una voluntad de que las imágenes nos expliquen muchas cosas y una vocación rabiosamente narrativa que aleja a *Doña Clara* de ciertas tendencias filmicas de los últimos años, dominadas por la estilización y el vacío del relato.

Clara sigue conservando su colección de vinilos y rechaza o siente una cierta animadversión hacia todo lo relacionado con el entorno digital, comenzando por la música en mp3. No por una cuestión tecnológica, ni siquiera nostálgica, sino simplemente porque todos esos objetos de los que se rodea, comenzando por los discos, albergan sus recuerdos, pero sobre todo las historias que a ellos están asociadas. Por ejemplo el disco de John Lennon y Yoko Ono, *Double Fantasy*, publicado poco antes del asesinato de Lennon en diciembre de 1980 (ese año sobre el que pivota toda la película) y que Clara había comprado en una tienda de segunda mano. El disco conservaba en su interior el recorte de una entrevista promocional con

Lennon en las que hablaba de sus expectativas de cara al futuro, pocas semanas antes de su muerte. La película de *Filho* parece estar hablándonos de los que sobrevivieron aquel año.

Las canciones y las portadas de los discos han sido elegidas con sumo cuidado, como si todas ellas formasen la biografía de Clara. Ella misma parece estar reviviendo los momentos más felices de su pasado cuando pone un vinilo en su tocadiscos y se sirve una copa de vino. La música ha sido su vida y a ella recurre para contar historias (la del disco de Lennon) o para zanjar discusiones con sus hijos. [...]

Todo el conflicto entorno al propio edificio, esa denuncia de la corrupción y de la impunidad de los grandes poderes económicos, culminando con la metáfora de las termitas y que básicamente centra la tercera parte de la película, la titulada "El cáncer de Clara", es de muy brocha gorda y se nos presenta como un tanto innecesaria. Ante la Clara irónica y sarcástica, la Clara indignada resulta demasiado burda, una ingenua concesión al discurso socio-político que siempre se le exige al cine latinoamericano. A no ser, claro está, que Mendonça Filho también quisiese devolvernos a los años setenta y al cine de denuncia italiano. Que todo puede ser.

Extret de
Caimán

Cuadernos de cine núm. 58
(març 2017)

cines
IMPERIAL



Ajuntament
de Sabadell



Cineclub Sabadell